

HOSTELERIA "EL RINCONSUELO."

Juan Deodato Carranza Alvarado



Capítulo 1

HOSTELERIA "EL RINCONSUELO."

A paso constante y sonante las manecillas del reloj avanzan sin temor. Que si no fuera por su fuerte dependencia a su sólido mecanismo de cuerda... estaría completamente convencido, de que formarían profundos surcos circulares incluso aún en la rígida y fría pared que lo sostiene. Pero... ¿De qué serviría tan gran proeza? Si al final de todo, hay gran carencia y nula recompensa.

Pero lo que aún es más trágico, es que a mi cabeza vengan tales conclusiones que seguramente sean producto de mi amarga y cruenta soledad. Que durante ya varios años repito el mismo programa, mis días son tan parecidos los unos a los otros, que me hallo perdido entre los meses del calendario y que al igual que manecillas, solo doy vueltas en mi obstinada rutina de la cual a algunas personas les gusta llamar: "supervivencia."

Trabajar, comer y dormir para poder subsistir, pero no encuentro aún, ese premio que la vida tanto dice prometer. Incluso ahora en este mismo instante, traigo entre la mente y mi garganta, una gran lucha constante. Pues muy cerca de aquí, se encuentra una hostelería, que con toda seguridad puedo afirmar, es el negocio más arcaico del pueblo. Su cerveza es famosa, elaborada a tradición en ese mismo recinto.

Sacrificar valiosas horas de sueño por darme un gustillo y humedecer el gañote para correr el riesgo de amanecer con el antiguo demonio de la resaca o irme a dormir con la boca seca, soñándome entre barricadas medievales, degustándolo en compañía de aquellos monjes artesanos de la cebada. Mi veredicto final: Dejar de proyectar la frustración en mi viejo reloj que solo mengua mi cordura e ir pronto a por ese tarro de cerveza tan fría como noche de diciembre...

En la hostelería no solo huele a cebada fermentada, también se percibe un olor a historia y es que además, sus más fervorosos clientes argumentan que antes se trataba de una gran taberna, un punto de encuentro incluso para corsarios, mercenarios y bellacos que se reunían no precisamente para echar el chismesillo de la mañana. Aseguran también que en ese establecimiento se cosían los planes más oscuros y siniestros, pactos y contratos eran generalmente firmados en las grandes mesas redondas de maderas que aun sólidas como piedras se conservan hoy en día. Espionajes, secuestros, robos, asesinatos y mil crueldades que uno pueda imaginar...Pero de ello, solo queda el recuerdo de leyendas,

pues ya ni de su anterior nombre se acuerdan.

Y es verdad que el nombre rinconsuelo le hace perder toda seriedad, esfumando todo indicio de misterio que pudiera haber existido en tal recinto, pero a pesar de ello, considero que es divertido e ingenioso, pues si diseccionamos la palabra en partes, podemos encontrar que uno puede llegar a sentarse en un rincón, pedir un tarro en búsqueda de consuelo y si no hay suerte en ello, al mínimo de tres intentos terminas en el suelo.

Deteniendo con gran esfuerzo sobrehumano mis pensamientos, me introduje por fin en aquel añejo lugar, me dirigí a la única mesa que se encontraba desocupada, al sentarme busqué con la mirada al cantinero, el cual, como si realmente le hubiese llamado, vino al instante en mi ayuda. Agradecí el rápido servicio con una breve reverencia de cabeza, tomé el tarro con ambas manos y justo en el momento que lo acercaba a mi boca para dar el primer trago, me interrumpió un hombre con voz seca, mucho más seca incluso, que mi propia sed.

– ¿Qué me dice si le relato una buena historia a cambio de un tarro de cerveza?– Me negoció finalmente el extraño. Seguramente otro cuento más de fantasmas para beber gratuitamente a expensas de mi bolsillo, sin embargo... Al ver sus ojos saltones, noté reflejado un cansancio de ya varios meses. No pudiéndome negar, pedí para él otro tarro más, en un instante se la trajeron, con pulso tembloroso recogió la jarra y sin preámbulo alguno le dio un gran sorbo, se limpió el rostro con la manga de su viejo saco para así comenzar su relato...

– En este mismo lugar en donde ahora estamos bebiendo, acostumbraba a sentarse Hylas, un hombre que con sus propias manos forjó gloria y fama. En un principio, comenzó como un caza recompensas, cumplía misiones peligrosas a cambio de piezas de oro que lo vistieran y alimentaran a placer, pero con el paso del tiempo, tras salir siempre exitoso en sus empresas, llegó a construirse una fortuna de tal magnitud, que podía retirarse del negocio y vivir lleno de lujos el resto de su vida.

Sin embargo, el no dejaba de venir a este lugar, quería estar siempre disponible para aventuras que representaran un verdadero desafío, pues argumentaba que las recompensas de tareas fáciles no le llenaban en absoluto, pero en cambio, cuando se trataba de algo increíble, su premio lo hacía valer al doble.

En ningún viaje que emprendía fracasaba, siempre volvía victorioso y con la cabeza en alto, hasta esa noche en la que dos enmascarados vinieron a este mismo sitio a proponerle un trabajo del cual sin saberlo, se trataría del último. Sin dar nombres ni muchas explicaciones, sacaron de entre sus ropas un viejo pergamino en el cual venía dibujado un mapa y por la parte posterior dibujado estaba, un peculiar relicario. Los únicos informes que dieron, fue únicamente para resaltar el gran valor sentimental que

representaba para ambos aquella joya.

Agregaron también con gran sagacidad, que varios habían fracasado en el intento, solo para despertar en él, aún más su interés. Como era de esperarse, aceptó sin pensarlo un segundo y en ese mismo instante partió en su búsqueda... De Hylas no se volvió a saber jamás nada. Solo nacían rumores intentando explicar su desaparición, algunos creían que había fracasado y era tanto su ego, que no soportaría regresar con las manos vacías, ocultando su vergüenza para siempre en algún recóndito lugar. Pero sé de buena mano, que los mismos contratistas una trampa le tendieron, producto de viles y acumuladas envidias, acuchillado por la noche. A traición y por la espalda cruda muerte le ofrecieron.

– Al final no hubo buena recompensa. – Le contesté con cierta ironía mientras terminaba mi último trago de cerveza. Mi narrador no respondió a tal comentario, se levantó de su silla, volteó en ambas direcciones, como si tratara de encontrar a alguien, después de un breve silencio incómodo, dirigió sus grandes ojos a los míos y pronunció:

– La recompensa yace antes nuestros ojos, depende de cada uno la forma y el lugar en donde reclamarla. – Sin verse ofendido ante mis palabras, simplemente se giró en dirección a la salida. Dejando a la vista su espalda ensangrentada, producto de una daga atravesada, del cual solo sobresalía su empuñadura finamente decorada y colgando de la misma, aquel misterioso relicario.

Estupefacto me dirigí a mi casa y aún sin digerir muy bien lo que acababa de ocurrir, llegué a la conclusión de que acababa de invitar una cerveza a un fantasma...a ese tal Hylas. Que invicto y con relicario, regresa una vez más, aún después de muerto, en búsqueda de esos desgraciados para reclamar recompensa. Y les saldrá muy caro...

FIN.